

entra a formar parte con esta traducción de lo que para la historiografía francesa constituye una manera nueva de vivir la experiencia religiosa dentro de la Iglesia católica. La novedad de esta santidad tiene como sujetos personas de contrastada capacidad intelectual, combinada con un seguimiento aparentemente ingenuo de Cristo en medio de fuertes vacilaciones intelectuales y con el paso del tiempo fuertes dolores y graves enfermedades. Una santidad nada fácil; muy alejada de la santidad más devota de finales del siglo XIX y de sus epígonos del siglo XX.

Los editores franceses, por razones que no se nos explican, no han optado por la primera edición española de los escritos del Hermano Rafael; han preferido la edición número doce, aparecida el año 1944, enriquecida con abundantes notas y sugerencias de su madre, la señora Mercedes Barón, aristócrata castellana y especializada en la crítica literaria y musical en periódicos y revistas de la época.

Preceden a la traducción francesa una breve pero muy rigurosa introducción del dominico Ange Rodríguez; la cierra un muy cuidado y selecto índice temático que hace muy fácil la lectura del texto.—ALFREDO VERDOY.

TIJHUIS, RAPHAEL, *Nothing can stop God from reaching us* (Edizioni Carmelitane, Rome 2007), 204 + 16p., ISBN: 978-88-7288-094-4.

Aunque parece que los diarios de prisioneros de los campos de concentración nazis estén ya agotados, los archivos nos siguen deparando algunas sorpresas. Este es el caso de estos diarios del carmelita holandés Raphael Tijhuis, detenido en Maguncia en julio de 1940, que fueron utilizados por Constant Dölle para escribir su obra sobre el Beato Tito Brandsma (traducida al inglés como *Encountering God in the abyss*, Peeters, Leuven 2002), quien a su vez le pidió a Hanneke Veerman que los transcribiera; ella (holandesa, y protestante) quedó fascinada por la fe del autor y decidió no sólo transcribirlos, sino publicarlos en traducción inglesa.

Si todo el mundo concentracionario tiene algo de absurdo, la historia de Tijhuis es realmente kafkiana (en el sentido más genuino de la palabra). Detenido por el mero hecho de haber mandado una carta a sus parientes en Holanda en la que mencionaba el elevado precio de los sellos en la Alemania del *Reich*, Tijhuis fue pasando por una serie de cárceles, juicios, condenas, anuncios de liberación, etc., hasta que dio con sus huesos en el *Lager* de Dachau, donde coincidiría con cientos de religiosos y sacerdotes allí detenidos (más de 2.700 a lo largo de toda la guerra). Durante el proceso vivió situaciones tan grotescas como la del juez sordo que no podía oír su declaración, o la de la sentencia que estaba escrita a máquina antes de terminar el juicio.

El *Diario* de este fraile carmelita puede parecer en una primera impresión un relato sencillo, o incluso piadoso, pero una lectura más profunda nos lleva a descubrir en el mismo varias claves realmente interesantes de las que destacaré solamente algunas. Llama la atención, por ejemplo, la terrible duda que asalta al autor de estos cuadernos desde el principio: ¿Por qué escribir? ¿Vale la pena? ¿Entenderá alguien jamás lo que allí se vivió? Indudablemente a los que conozcan medianamente la llamada literatura concentracionaria, estas preguntas le sonarán muy familiares, ya que grandes autores como Primo Levi, Elie Wiesel o Jorge Semprún, entre otros muchos, se las for-

mularon en más de una ocasión. La respuesta de Tjihuis, aunque es netamente afirmativa (debemos ser la voz de los que murieron), en más de una ocasión se resiente de esa amarga sensación de soledad que asalta a los que vivieron el mundo de los *Läger*, esa sensación que les lleva a pensar que nadie entenderá (o incluso nadie creará) lo que se cuenta, la sensación, en definitiva, de que, tras la experiencia vivida, ya no pertenecen a este mundo.

También llama la atención cómo la piedad sencilla y honda del autor va evolucionando hacia cotas espirituales bastante elevadas y desemboca en lo que podríamos considerar cuatro líneas o dimensiones diversas. En primer lugar su piedad le lleva a una honda reflexión sobre la presencia de Dios (tema muy querido en la tradición carmelita), en este caso en el abismo y en la nada, y a destacar cómo en esa experiencia horrible se mantiene y se robustece la fe. En segundo lugar, su piedad le lleva a un comportamiento ético muy elevado: rechaza la posibilidad de escapar; se propone no juzgar ni odiar a los alemanes (de hecho, él volvió a Alemania tras la guerra); rechaza el renegar de su fe para ser liberado, e incluso se propone perdonar y rezar por sus verdugos. En tercer lugar, el autor se ve abocado, casi de forma natural, a hacer cierto apostolado en el campo. Por último, su piedad le lleva a una cierta mística que le hace afirmar que el cielo está más cerca de nosotros que nunca o —con la frase que da título a la obra— que *nada puede impedir que Dios se acerque a nosotros* (p.156-157).

Sin duda, una de las experiencias que marcó más intensamente a Tjihuis en su estancia en Dachau fue el contacto personal (breve pero muy intenso) con el Beato Tito Brandsma, quien permaneció en Dachau durante un mes escaso, hasta su muerte acaecida el 26 de julio de 1942. La figura de Brandsma (carmelita, profesor de la Universidad Católica de Nimega de la que llegó a ser Rector, periodista, escritor, beatificado por Juan Pablo II en 1985...) recorre toda la obra y en cierto modo condiciona la percepción de los hechos que fue desarrollando su hermano de hábito. Sin duda, para quien quiera estudiar en profundidad la figura espiritual de Tito Brandsma, este *Diario* se convierte en un testimonio privilegiado. Aquí se da cuenta, por ejemplo, de su serenidad y plena confianza en Dios hasta el último momento, de su devoción por Santa Teresa, de su actitud hacia los guardianes, de la fama de santidad que se creó en torno a su figura desde los primeros momentos tras su muerte, etc. Son además muy curiosas las referencias a otros eclesiásticos célebres que pasaron por Dachau o que murieron allí, como el P. Joseph Kentenich, fundador de las comunidades de Schönstatt, el jesuita Henny Zwaans, o el también carmelita y también beatificado, Hilario Januszewski. Todos ellos le marcaron profundamente.

No quisiera dejar de mencionar, por último, la coincidencia con la experiencia espiritual (creo que así puede calificarse tranquilamente) del pintor croata Zoran Music en el mismo campo de concentración. El pintor saca fuerzas de flaqueza y casi de forma compulsiva pinta en trozos de papel manoseados y grasientos, robados aquí y allá, las montañas de cadáveres que se amontonan por todo el *Lager*, sobre todo en los últimos meses antes de la liberación. El fraile carmelita (que también dibujaba y que diseñó el recordatorio de la ordenación en el *Lager* del diácono Leisner), queda igualmente fascinado (en el sentido más amplio posible de la palabra) por aquel espectáculo horrible y sublime a la vez. El ser humano en estado puro, en toda su miseria y en toda su grandeza, la grandeza que nada ni nadie le podría arrebatar.

Esa terrible situación termina (al menos parcialmente, ya que los prisioneros permanecerían en los campos de concentración todavía bastante tiempo, como nos cuenta Primo Levi en *La tregua*) con la liberación —la famosa *Befreiung*— el 29 de abril de 1945. Se trata de un momento impresionante, narrado por el autor con no poca emotividad y realismo.

La obra incluye algunos apéndices, como un breve comentario espiritual elaborado por dos profesores del Instituto de espiritualidad Titus Brandsma de Nimega, un diccionario de la terminología concentracionaria y un interesantísimo complemento fotográfico.—FERNANDO MILLÁN ROMERAL

HISTORIA DE LA IGLESIA

FERRER BENIMELI, JOSÉ ANTONIO, *El Colegio de la Compañía de Jesús en Huesca (1605-1905)* (Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca 2008), 324p., ISBN: 978-84-8127-195-9.

La historia de los colegios de la Compañía antes de su expulsión por Carlos III se ha enriquecido en los últimos años con una bibliografía estimable, en la que no faltan enfoques originales sobre su labor pedagógica y cultural, o visiones de conjunto que pueden considerarse nuevas por la manera de presentar la información. Esta obra de José Antonio Ferrer Benimeli es una obra singular en su género, por la manera de narrar la historia del antiguo colegio jesuítico de la ciudad de Huesca. El autor, que además de conocido masonólogo es especialista en la historia de la antigua Compañía, utiliza aquí unos recursos históricos con los que siempre ha obtenido felices resultados: la búsqueda de fuentes documentales donde quiera que se encuentren, la colocación de los hechos y de los personajes en el momento adecuado, el análisis ambiental e institucional y la abundancia de citas textuales, sin escatimar espacio ni alterar el lenguaje original. Esta técnica narrativa, de composición minuciosa, habla por sí misma. Es como un cuadro que se deja ver, y sólo requiere comentarios breves y enjundiosos, como los que hace el autor en el momento oportuno.

La documentación ha sido extraída de todos los archivos que conservan informaciones dispersas del colegio oscense: archivos y bibliotecas nacionales (Archivo Histórico Nacional, Archivo del Reino de Valencia, Biblioteca Nacional y de la Real Academia de la Historia, Archivo Militar de Segovia), archivos de Huesca (Provincial, Municipal y Diocesano) y archivos de la Compañía de Jesús (Archivum Historicum de Roma y Arxiu S. I. de Catalunya). Con este «puzzle documental» y una bibliografía especializada (en la que se destacan los trabajos del P. Antonio Borrás, a cuya memoria está dedicado el libro) el autor ha logrado reconstruir una «historia de personas e historia de piedras que abarca casi trescientos años y constituye un pedazo